

# DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Diciembre 24 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 21.

## LA PRINCESA Y EL GRANUJA

CUENTO DE AÑO NUEVO

VI

(Conclusion)

MIGAJAS exhaló un rugido de dolor y cayó de rodillas. Allí, arrojada en el suelo, con los vestidos rasgados y en desórden, partida la frente alabastrina, roto uno de los brazos, desgreñado el pelo, estaba la señora de sus pensamientos. ¡Lastimoso cuadro que partía el corazón! Pacorríto, durante un rato, no pudo articular una palabra. La voz se ahogaba en su garganta. Estrechó contra su corazón aquel frío cuerpo inanimado, cubriéndolo de besos ardientes. La señora tenía abiertos los ojos y miraba con dulce expresión de pena á su interesante adorador. A pesar de sus horribles ideas y del lastimoso estado de su cuerpo, la noble dama vivía. Pacorríto lo conoció en la luz singular de sus ojos azules que despedían llamaradas de amor y agradecimiento.

Señora, quien os traje á tan triste estado?—exclamó Migajas en tono patético, que demostraba la angustia de su alma. Pero luego al dolor agudísimo sucedió la ira, y Pacorríto pensó tomar venganza de aquel descomunal agravio. Como en el mismo instante sintiera pasos, cargó en sus brazos á la gentil dama y echó á correr con ella fuera de la casa. Bajó la escalera, atravesó el patio, salió á la calle con tanta velocidad, que no se podía decir que corria, sino que volaba. Su carrera era como la del pájaro que al robar un grano oye el tiro del cazador, y sintiéndose ileso, quiere poner entre su persona y la escopeta toda la distancia posible. Corrió por una, dos, tres, diez calles, hasta que, creyéndose bastante lejos y bastante solo, descansó, poniendo sobre sus rodillas el precioso objeto de su insensato amor.

VII

Vino la noche, y Pacorríto vió con placer las dulces sombras que envolvían el atrevido rapto, protegiendo sus honestos amores. Examinando atentamente las heridas del desenlabrado cuerpo desu adorada, observó que no eran de gravedad. El vestido estaba hecho girones y parte de la cabellera se habia quedado en el camino durante la veloz corrida.

Entonces Pacorríto sintió una pena profunda, considerando que carecia de fondos para hacer frente á situacion tan apurada. Con el abandono de su comercio se le habian vaciado los bolsillos, y una mujer amada, mayormente si no está bien de salud, es fuente inagotable de gastos. Migajas se tentó aquella parte de su andrajosa ropa donde solía tener el dinero y no halló nada. No hacia más que suspirar. Ahora—dijo—ahora seria preciso, una casa, una cama, médico, un buen cirujano, una modista, mucha comida, un buen fuego... y nada tengo.

Pero como estaba tan fatigado, inclinó la cabeza sobre el cuerpo de su dama y se durmió como un ángel. Entonces la señora se reanimó, y levantándose mostró á Pacorríto su semblante alegre, su noble frente sin ninguna herida, su cuerpo esbelto

sin la más leve rotura, su vestido completo y limpio lo mismo que estaba en la tienda, su cabellera rizada y llena de seductores perfumes, su sombrero coqueton adornado con diminutas flores, en fin, se mostró perfecta y acabadamente hermosa, tal como la conoció Migajas en el escaparate. ¡Ay! Migajas se quedó deslumbrado, atónito, suspenso, sin habla. Púsose derodillas y adoró á la señora como á una divinidad. Entonces ella tomó la mano al granuja, y con voz entera y más dulce que el canto de los ruiseñores, le dijo:—Pacorríto, sígueme, ven conmigo. Quiero demostrarte mi agradecimiento y el grande amor que te tengo. Has sido constante, leal, generoso y heroico porque me has salvado del poder de aquellos vándalos que me esclavizaban. Mereces mi corazón y mi mano. Ven, sígueme y no seas bobo, ni te creas inferior á mí porque estás vestido de harapos. Pacorríto observó la deslumbradora apostura de la dama, el lujo con que vestía, y lleno de pena exclamó:—Señora, ¿á dónde he de ir yo con esta fecha? La hermosa dama no contestó, y tirando de la mano á Pacorríto, lo llevó por una region de sombras.

VIII

Migajas vió al cabo una gran sala iluminada y llena de preciosidades, cuya forma no pudo precisar bien en el primer momento. Al poco rato comenzó á percibir con claridad y distinguió mil figurillas diversas, como las que llenaban la tienda donde habia conocido á la gran señora. Lo que más llamó su atención fué ver que salieron á recibirles luciendo sus flamantes vestidos, todas las damas que acompañaban á aquella en el escaparate.

La gran señora contestó con una grave y reverenciosa cortesía á los saludos de todas ellas. Parecia ser de superior condicion, algo como reina ó princesa ó emperatriz. Su gesto soberano y su gallardo continente sin altanería, revelaban cierto dominio sobre las demás. Al instante presentó á Pacorríto, y éste se quedó todo turbado y más rojo que una amapola cuando la princesa, tomándole de la mano, dijo: Presento á ustedes al señor don Pacorríto Migajas, que viene á honrarnos esta noche.

Al pobre chico se le cayeron las alas del corazón cuando después de observar el desmedido lujo que allí reinaba miró sus piés desnudos, sus calzones sujetos con un tirante y su chaqueta cortada por los codos.—Ya adivino lo que piensas—le manifestó la princesa con mucho disimulo,—tu traje no es el más conveniente para una fiesta como la de esta noche.—Señora, mi picaro sastre—dijo Pacorríto, creyendo que una mentirilla pondría á salvo su decoro, no me ha acabado la ropa.—Aquí te vestiremos,—indicó la gran señora. Los lacayos de aquella extraña mansion eran monos pequeños y graciosísimos. De pajes hacían unos loros diminutos de esos que llaman Pericos, y varios gallitos de papel. Estos no se apartaban un momento de la señora. La servidumbre se ocupó al punto de arreglar un poco la desgraciada figura del buen Migajas. Con unas fosforeras doradas y muy monas en figura de zapatos le calzaron al momento. Por golilla le pusieron un medio farolito de papel encarnado, y de una jardinera de mimbres le hicieron una especie de sombrerete pastoril con graciosas flores adornado. Al cuello le colgaron, al modo de condecoraciones: la tapa de un tintero elegantísimo; una fosforera redonda, que parecia reloj, y el tapón de cristal de un frasqui-

to de esencias. Los gallos de papel tuvieron la buena ocurrencia de ponerle en la cintura á guisa de espada ó daga un lujoso cuchillo—plegadera de marfil. Con estas y otras invenciones para ocultar sus haraposos vestidos, Pacorruto quedó tan guapo que no parecía el mismo. Verdaderamente se ensoberbeció de su persona cuando le pusieron delante del espejo de un estuche de costura para que se mirase.

Estaba deslumbrador.

### IX

En seguida principió el baile. Varios canarios cantaban en sus jaulas walsés y polkas y las cajas de música, tocaban solas, así como los clarinetes y pitos que se movían á sí mismo sus laves con gran maestría. La música era un poco discordante, pero Migajas, á causa del gozo de su espíritu, la hallaba encantadora. No es necesario decir que la princesa bailó con nuestro héroe. Las otras damas tenían por pareja á generales de alta graduación, que habían dejado sus caballos á la puerta. Entre aquellas figuras delicadísimas se velan á Bismark, al Emperador de Alemania, á Napoleon y á otros grandes hombres.

Migajas no cabía en su pellejo de puro orgulloso. Pintar las emociones de su alma cuando se lanzaba á las voraginosas curvas del wals con su amada en brazos, era imposible. La dulce respiración de la princesa, sus cabellos de oro, agitados por el movimiento, acariciaban blandamente las mejillas de Pacorruto, causándole una especie de embriaguez. La mirada amorosa de la gentil dama ó un suave quejido de cansancio acababan de enloquecerle. En lo mejor del baile los monos anunciaron que la cena estaba servida, y al punto se desconcertó todo. Ya nadie pensó más que en comer, y á nuestro Migajas se le alegraron los espíritus porque tenía un hambre de mil demonios, á pesar de la viveza de su amor.

### X

El comedor era precioso y la mesa magnífica, las vajillas y toda la loza de lo mejor que se ha fabricado para muñecas, y multitud de ramilletes esparcían su fragancia y mostraban sus colores en pequeños búcaros ó en hueveras. Pacorruto ocupó el primer asiento de la derecha de la princesa. Empezaron á comer. Servían los pericos y los gallitos de papel tan bien y con tanta precisión como los soldados que maniobran en una parada á la orden de su general. Los platos eran exquisitos; pero Migajas observó que todo era frío y fiambre. Si esto no le disgustó al principio, despues empezó á producir cierto empacho, aún antes de haber comido mucho. Componían el festín pedacitos de mazapan, pavos más chicos que pájaros y que se engullían de un solo bocado, filetes y besugos como almendras, un rico compuesto de cañamones y un pastel de alpiste á la canaria, albóndigas de migas de pan á la perdigona, fricasé de ojos de faisán en salsa de moras silvestres, ensaladas de musgo, dulces riquísimos y frutas de toda clase, que los pericos habían cosechado en un tapiz donde estaban bordadas, siendo los melones como uvas y las uvas como lentejas. Durante la comida todos hablaban mucho, excepto Pacorruto, que por ser muy corto de génio no desplegaba sus labios. La presencia de aquellos personajes de uniforme y entorchados le tenía perplejo, y se asombraba mucho de ver tan charlatanes y retozones á los que en el escaparate estaban tiesos y circunspectos cual si fuesen de barro.

Principalmente el llamado Bismark no paraba. Decía mil gracias y chuscadas, daba manotadas sobre la mesa, y arrojaba á la princesa migajas de pan. Movía sus brazos como atolondrado, cual si en los goznes de estos tuviese un hilo, y una mano extraña tirase del hilo por debajo de la mesa.—¿Cómo me estoy divirtiendo! decía el canciller.—Querida princesa, cuando uno se pasa la

vida adornando una chimenea, entre un reloj, una figura de bronce y un tiesto de begonia, estas fiestas le rejuvenecen aunque solo sean una vez al año.—¡Ay! dichosos mil veces—dijo la señora con acento patético—los que no tienen otro oficio que adornar chimeneas y entredoces. Esos se aburren, pero no padecen como nosotras, que vivimos en continuo martirio, destinadas á servir de juguete á los chicos. No podré pintarle á Vd., Sr. de Bismark, lo que se padece cuando uno nos tira del brazo derecho, otro del izquierdo, cuando éste nos rompe la cabeza, y aquel nos descuartiza ó abre en canal para ver lo que tenemos dentro del cuerpo.—Ya lo supongo—dijo el canciller abriendo los brazos y volviéndolos á cerrar.—¡Oh! desgraciados, desgraciados, exclamaron en coro los emperadores, Espartero, y demás personajes.—Y menos desgraciados los que como yo, —añadió la dama,—encontraron un protector y amigo en el valeroso y constante Pacorruto Migajas, que me libró de tan bárbaro suplicio.

Migajas se puso colorado hasta la raíz del pelo.—Valeroso y constante,—repitieron á una las muñecas todas en tono de admiración. Por eso esta noche, continuó la princesa,—en que nuestro Génio Creador nos permite reunirnos para celebrar el primer día del año, he querido obsequiarle, trayéndole conmigo, y dándole mi mano de esposa, en señal de alianza y reconciliación entre la raza muñequil y los niños juiciosos y honrados.

En el mismo instante el canciller disparó una bolita de pan con tanta puntería que casi dejó ciego á Migajas.

Pero éste, como era tan prudente y un prototipo de hidalga circunspección, calló y disimuló. La princesa le dirigía miradas de amor y gratitud.—¿Cómo me estoy divirtiendo!—repitió Bismark dando palmadas con sus manos de papel mascado.—Mientras llega la hora de volver junto al reloj á oír su incansante tic-tac, divirtámonos, embriaguémonos, seamos felices. Si el caballero Pacorruto quisiera pregonar *La Correspondencia*, nos reíríamos un rato.—El señor de Migajas—dijo la princesa mirándole con benevolencia—no ha venido aquí á divertirnos. Eso no quita que le oigamos con gusto pregonar *La Correspondencia* y los fósforos si quiere hacerlo. Pacorruto hallaba esta proposición tan contraria á su dignidad y decoro, que se llenó de afición y no sabía qué contestar á la princesa.—¿Que baile!—gritó el canciller con desparpajo,—que baile encima de la mesa. Y si no lo quiere hacer, pido que se le quiten los adornos que se le han puesto, dejándole lleno de andrajos y descalzo, como cuando entró aquí. Migajas sintió que toda su sangre afluyó á su corazón. La cólera de su alma impetuosa no le permitió decir una sola sílaba.—No seas cruel, mi querido príncipe,—dijo la señora sonriendo. Por lo demás yo espero quitarle al buen Migajas esos humos que está echando. Una carcajada general acogió estas palabras y allí era de ver á todas las muñecas y á los grandes generales y emperadores dándose simultáneamente cachiporrazos en la cabeza como las figuras de Guignol.

¡Que baile! ¡Que pregone *La Correspondencia*!—clamaron todos. Migajas se sintió desfallecer. En él el sentimiento de la dignidad era tan poderoso, que antes muriera que pasar por la degradación que se le proponía. Iba á contestar, cuando el maligno canciller tomó una oreja á Pacorruto con tanta presteza, que éste no se enteró de la grosera familiaridad hasta que hubo experimentado la sacudida nerviosa que tales bromas ocasionan.

Ciego de furor echó mano al cinto y blandió el cuchillo plegadora. Las damas todas prorrumpieron en gritos y la princesa se desmayó. Pero no aplacado con esto Migajas, sino por el contrario más rabioso, arremetió contra los insolentes y empezó á repartir tizonazos á diestro y siniestro, rompiendo cabezas y brazos que era un primor. Oíanse alaridos de dolor, gritos, amenazas: hasta los pericos graznaban y los gallitos movían sus colas de papel en señal de alarma.

Un momento despues nadie se burlaba de Migajas. El canci

ller recogía del suelo sus dos brazos y sus dos piernas (caso raro que no puede explicarse) y todos los emperadores se habían quedado sin nariz. Poco á poco, con saliva y cierta destreza indígenita se iban curando todos los desperfectos; que esta ventaja tiene la cirujía muñequil. La princesa, repuesta de su desmayo con las esencias que en un casco de avellana le trajeron sus pajes, llamó aparte á Migajas, y llevándole á su camarín reservado, le habló á solas de esta manera:

## XII

—Querido Migajas, lo que acabas de hacer, lejos de amenguar el amor que puse en tí, lo aumenta, porque has probado tu valor indómito, triunfando con facilidad de toda esa grey de muñecos bufones, la peor casta de seres que conozco. Movida por los dulces afectos que me impulsan hácia tí, te propongo ahora solemnemente que seas mi esposo sin pérdida de tiempo.

Pacorrito cayó de rodillas.—Cuando seas mi esposo continuó la señora,—no habrá uno solo de esos emperadores y cancilleres que no te acate y reverencie como á mi misma, porque has de saber que yo soy la reina de todos los que en aquesta parte del mundo existen, y mis títulos no son usurpados sino adquiridos por nacimiento y en virtud de la constitucion muñequil establecida por el supremo Géno Creador que nos gobierna.—Señora, señora mia—dijo Migajas,—mi dicha es tanta que no puedo espresarla.—Pues bien—manifestó la señora con majestad—puesto que quieres ser mi esposo, debo advertirte que para ello es necesario que renuncies á tu personalidad humana.—No comprendo lo que quiere decir vuestra alteza.—Tú perteneces al linaje humano, yo no. Siendo distintas nuestras naturalezas no podemos unirnos. Es preciso que tú cambies la tuya por la mia, lo cual puedes hacer fácilmente con solo quererlo. Respóndeme, pues, Pacorrito Migajas, quieres ser muñeco? La singularidad de esta pregunta tuvo en suspenso á nuestro héroe durante buen rato.

—¿Y qué es eso de ser muñeco?—preguntó al fin.

—Ser como yo. La naturaleza muñequil es quizás más perfecta que la humana. Nosotros carecemos de vida aparente, pero la tenemos grande en nosotros mismos. Para los imperfectos sentidos de los hombres, nosotros carecemos de movimiento; de efectos y de palabra, pero no es así. Ya ves cómo nos vemos, cómo sentimos y cómo hablamos. Nuestro destino no es en verdad muy lisonjero por ahora, porque servimos para entretener á los niños de los hombres y aún á los hombres mismos; pero en cambio de esta desventaja somos eternos. ¡Eternos!—Sí; nosotros vivimos eternamente. Si nos destrozán, renacemos de nuestra cenizas y tornamos á vivir, describiendo sin cesar un tenebroso círculo desde la tienda á las manos de los niños y de las manos de los niños á la fábrica tirolesa y de la fábrica á la tienda, por los siglos de los siglos.

—¡Por los siglos de los siglos!—repitió Migajas absorto.

—Pasamos malísimos ratos—añadió la señora; pero en cambio de eso no conocemos el morir, y nuestro Géno Creador nos permite reunirnos en ciertas festividades para celebrar las glorias de nuestra raza, tal como lo hacemos esta noche. No podemos evadir ninguna de las leyes de nuestra naturaleza; no podemos pasar al reino humano, á pesar de que á los hombres es dado venir al nuestro convirtiéndose en verdaderos muñecos.—¡Cosa más extraña!—exclamó Migajas lleno de asombro.—Ya sabes todo lo necesario para la iniciación muñequil. Nuestros dogmas son muy sencillos. Ahora medítalo y responde á mi pregunta: ¿quieres ser muñeco? La princesa tenía un aire de sacerdotiza antigua, que cautivó más á Pacorrito.—Quiero ser muñeco—contestó el granuja con aplomo.

Y al punto la princesa hizo unos endiablados signos en el espacio, pronunciando varias palabrotas que Pacorrito no sabía si eran latín ó caldeo pero que de seguro serian tirolés. Despues la princesa dió un estrecho abrazo á Migajas, y le dijo:—Ahor

ya eres mi esposo. Yo tengo poder para casar, así como lo tengo para recibir neófitos en nuestra gran institucion. Amado esposo mio, bendito seas por los siglos de los siglos. Toda la cohorte de figurillas entró de repente cantando con música de canarios y ruiseñores:—Por los siglos de los siglos.

## XIII

Discurrieron por los salones en parejas. Migajas daba el brazo á la princesa.—¡Es lástima,—dijo ésta,—que nuestras horas de placer sean tan cortas! Pronto tendremos que volver á nuestros puestos. Pacorrito Migajas experimentaba desde el instante de su trasformacion, sensaciones muy extrañas.

La más estraña era haber perdido por completo el sentido de paladar y la nocion del alimento. Todo aquello que habia comido era para él como si su estómago fuera una cesta ó una caja y hubiera encerrado en ella mil manjares de carton; que ni se digerian, ni alimentaban, ni tenían peso, gusto ni sustancia. Además sentia que no era dueño de sus movimientos, y tenia que andar con cierto compas molesto. Notaba en su cuerpo una gran dureza como si todo en él fuera hueso, barro ó carton. Al sentarse, su persona sonaba á porcelana. Hasta la ropa era dura, y nada diferente del cuerpo. Cuando se quedó solo con la princesa y la estrechó entre sus brazos, no experimentó sensacion alguna de placer divino ni humano, sino el choque áspero de los dos cuerpos duros y frios. Besóla en las mejillas y las encontró heladas. En vano su espíritu sediento de goces llamaba con furor á la naturaleza. La naturaleza en él era una piedra. Sentia palpar su corazón como una máquina de reloj. Sus pensamientos subsistian, pero nada más. Lo restante era todo lo que puede ser un muñeco.

La princesa se mostraba muy complacida. ¿Qué tienes, amor mio?—preguntó á Pacorrito viendo su expresion de desconsuelo. Me aburro soberanamente, princesa—dijo el galan.—Ya te irás acostumbrando. ¡Oh, deliciosos instantes! Si durárais mucho, no podríamos vivir—A esto llama delicioso vuestra alteza!—exclamó Migajas—¡Dios mio! qué frialdad, qué dureza, qué vacío espantoso, qué rigidez de muerte.—Tienes aún los resabios humanos y el vicio de los escandalosos sentidos del hombre. Pacorrito, modera tus arrebatos ó trastornarás con tu mal ejemplo á todo el imperio muñequil.—¡Vida, vida! sangre, calor, nervios! gritó Migajas con desesperacion, agitándose como un insensato.—Qué es esto que pasa en mí? La princesa le estrechó en sus brazos y besándole con sus rojos labios de cara, exclamó: Eres mio; por los siglos de los siglos. En aquel instante oyóse gran bulla y muchas voces que decian: ¡La hora, la hora!—Doce campanadas saludaron la entrada del Año Nuevo.—Todo desapareció de súbito á los ojos de Pacorrito: princesa, palacio, muñecos, emperadores, y se quedó solo.

## XIV

Se quedó solo y en oscuridad profunda.

Quiso gritar y no tenia voz. Quiso moverse y no tenia movimiento. Se sentia piedra. Lleno de congoja esperó. Vino por fin el dia, y entónces Pacorrito se vió en su antigua forma; pero todo de un color, y al parecer de una misma materia, cara, manos, ropa, cabello y hasta los periódicos que tenia en la mano. Ya no me queda duda—esclamó llorando por dentro. Soy de barro. Vió que frente á él habia un gran cristal con algunas letras del revés. A un lado multitud de figurillas y objetos de capricho le hacian compañía.

Estoy en el escaparate. ¡Horror!—pensó.

Un mozo le tomó cuidadosamente de la mano, y despues de limpiarle el polvo lo volvió á poner en su sitio.

Pacorrito vió que en el pedestal donde estaba colocado, habla un papel con esta cifra: 240 reales.—Dios mio, es un tesoro lo que valgo. Esto al ménos le consuela á uno.

Y la gente se detenía por la parte afuera del cristal, para ver la graciosa escultura de barro amarillo representando un



chico en actitud de ofrecer periódicos y cajas de fósforos. Todos alababan la destreza del artista: todos se reían viendo la expresiva fisonomía y la chavacana figura de Pacorrillo Migajas; mientras éste en el fondo de su barro no cesaba de exclamar con angustia:

¡Muñeco, muñeco, por los siglos de los siglos!

B. PEREZ GALDÓS.

## NANTAS

(TRADUCCION DE EMILIO ZOLA, POR D. M.)

### II

**F**EL baron Danvilliers estaba en el salon que le servia de estudio; una pieza severa, tapizada de cuero, adornada con muebles antiguos. Desde la ante-vispera, estaba como anonadado por la historia que la señorita Chuin le habia contado sobre la deshonra de Flavia. En vano habia tratado ella de tomar los sucesos desde tiempo atrás, y suavizarlos; el viejo habia caldo herido bajo el golpe, y solo la esperanza de que el seductor podia ofrecer una suprema reparacion, lo sostenia todavia. Aquella mañana esperaba la visita de ese hombre que él no conocia, y que así le arrebatara su hija; tocó un timbre, y apareció un sirviente.

— José, va á venir un jóven á quien harás entrar. . . . No estoy para nadie más.

Y se quedó pensativo, solo, junto á la estufa. El hijo de un albañil, un saparrastroso que no tenia ni sobre qué caerse muerto! Es cierto que la señorita Chuin lo habia pintado como un jóven de porvenir, pero ¡qué vergüenza para una familia sobre la que nunca habia habido ni una mancha! Flavia se habia acusado con calor para descargar de todo reproche á la sirvienta. Desde aquella explicacion penosa, estaba encerrada en su cuarto; el baron se habia negado á volverla á ver. Quería, antes de perdonarla, arreglar personalmente aquel abominable asunto. Todas sus disposiciones estaban tomadas. Pero sus cabellos se habian enblanquecido por completo, y un temblor senil agitaba su cabeza.

— El señor Nantas, anunció José.

El baron no se levantó. Dió vuelta solamente la cabeza y miró con fijeza á Nantas que se adelantaba. Este habia tenido el buen tino de no presentarse vestido de nuevo; habia comprado un redingot y un pantalon negro usado, limpios pero muy gastados, que le daban la apariencia de un estudiante pobre y cuidadoso, que nada tenia de aventurero. Se detuvo en el medio de la pieza y esperó, de pié, pero sin humillacion.

— Con que es usted! balbuceó el viejo....

Pero no pudo continuar, la emocion lo sofocaba, y temia entregarse á alguna violencia. Despues de un silencio, dijo simplemente:

— Señor, usted ha cometido una mala accion.

Y como Nantas parecia querer disculparse, repitió con más fuerza:

— Una mala accion....! No quiero saber nada; ruego á usted que no trate de explicarme los hechos. Aun cuando mi hija se hubiera arrojado en sus brazos, el crimen seria siempre el mismo.... Solo los ladrones se introducen así, violentamente en las familias.

Nantas habia bajado la cabeza; el viejo continuó:

— Es una dote ganada fácilmente; era una trampa en que estaba usted seguro de cazar á la hija y al padre....

— Permítame vd., señor, interrumpió el jóven que se indignaba.

Peró el baron con un ademán terrible, siguió:

— ¿Qué? ¿qué quiere usted que le permita?... Usted no tiene nada que hablar aquí. Yo le digo lo que debo decirle y lo que debe usted oír, y a que usted viene ante mí como un culpable.... Usted me ha ultrajado! Vea usted esta casa donde mi familia ha vivido durante tres siglos sin una mancha; ¿no siente vd. aquí un honor secular, una tradicion de dignidad y de respeto? Pues bien, señor, usted ha abofeteado todo eso. He estado á punto de morir, y hoy mis manos tiemblan, como si repentinamente hubiese envejecido diez años.... Cállese usted y dígame.

Nantas se habia puesto muy pálido. Habia aceptado un papel bastante pesado. Sin embargo, quiso pretestar la ceguedad de la pasión.

— He perdido la cabeza, murmuró tratando de inventar una novela. No he podido ver á la señorita Flavia sin....

Al oír el nombre de su hija, el baron se puso en pié y gritó con una voz de trueno:

— Cállese usted! Ya he dicho que no queria saber nada, que mi hija haya ido á buscarlo á vd., ó que sea usted quien la ha buscado á ella, nada me importa. A ella nada le he preguntado, ni á usted le pregunto tampoco nada. Guarden ámbos sus confesiones; es una inmundicia de que no quiero enterarme.

Y volvió á sentarse, tembloroso y desfallecido. Nantas permanecia cabizbajo, profundamente turbado, apesar del dominio que tenia sobre sí mismo. Despues de un momento de silencio, él continuó con la voz seca de un hombre que arregla un negocio:

— Pido á usted disculpa. Habia hecho propósito de conservar mi sangre fria. No es usted quien me pertenece, sino yo quien pertenece á usted, pues que estoy á su discrecion. Ha venido usted para ofrecerme una transaccion que se ha hecho necesaria—trancemos pues.

Y desde entonces afectó hablar como un abogado que arregla amigablemente algun pleito vergonzoso, en el cual interviene con disgusto. Dijo tranquilamente:

— La señorita Flavia Danvilliers ha heredado, á la muerte de su madre, una suma de doscientos mil francos, de la que solo empezarla á disfrutar desde el día de su matrimonio. Esta suma ha producido intereses. Aquí están, por lo demás, las cuentas de mi tutela que quiero mostrar á usted.

Y al decir esto, habia abierto una cartera, y empezó á leer cantidades. Nantas trató inútilmente de detenerlo. En aquel momento, estaba afectado de cierta emocion, frente á aquel viejo, tan recto y tan sencilló, que le parecia tan grande desde que se habia calmado.

— Por fin, continuó el baron, en el contrato que mi escribano ha escriturado esta mañana reconozco á usted un aporte de doscientos mil francos al matrimonio. Yo sé que usted no tiene nada. Recibirá usted los doscientos mil francos de manos de mi banquero al día siguiente del casamiento.

— Pero señor, dijo Nantas, yo no le pido á usted su dinero; yo no quiero más que su hija....

El baron le cortó la palabra:

— Usted no tiene el derecho de rehusar, y mi hija no puede casarse con un hombre ménos rico que ella. . . . Doy á usted el dote que le destinaba á ella; eso es todo. Tal vez habia creído usted encontrar mayor fortuna, pero me creen más rico que lo que realmente soy.

Y, como el jóven quedase mudo ante aquella última crueldad, el baron puso fin á la entrevista llamando al sirviente y diciéndole:

— José, di á la señorita que la espero ahora mismo en mi escritorio.

Se habia puesto de pié, y sin decir una palabra más empezó á pasearse lentamente. Nantas permanecia parado, inmóvil. Estaba engañando á aquel viejo ante el cual se sentia pequeño y sin fuerza. Flavia entró.

— Hija, le dijo el baron, ahí tienes á este hombre. El matrimonio se efectuará en el plazo legal.

Y se alejó, dejándolos solos, como si para él estuviese consumado el casamiento. Cuando la puerta se cerró, quedaron ámbos en un largo silencio, mirándose. Era la primera vez que se veían. A él le pareció ella muy linda, con su rostro pálido y altivo, con sus grandes ojos oscuros que no se bajaban, tal vez habia llorado durante los tres días en que no habia salido de su cuarto, pero la frialdad de aquellas mejillas debia haber helado sus lágrimas.

Ella fué quien rompió el silencio:

— Es decir, señor, que está ya terminado este asunto.

— Si señora, contestó simplemente Nantas.

Ella hizo un gesto involuntario, examinándolo con una larga mirada que parecia buscar en él la bajaesa.

— Entonces, tanto mejor, continuó Flavia. Temia no encontrar una persona que aceptase semejante negocio.

Nantas comprendió, en el tono de su voz, todo el desprecio con que ella

lo anonadaba. Pero en seguida irguió la cabeza. Si había temblado ante el padre sabiendo que lo engañaba, creía que debía mostrarse firme y resuelto frente a la hija, que era su cómplice.

—Perdon, señora, dijo Nantas tranquilamente y con mucha delicadeza, creo que usted está equivocada respecto a la situación que ha creado para ambos esto que con toda justicia ha llamado usted un negocio. A mi entender, desde hoy nos ponemos a un mismo nivel...

—Ab! verdaderamente, interrumpió Flavia con una sonrisa desdenosa

—Si, continuó el joven, completamente a un mismo nivel... Usted tiene necesidad de un nombre para ocultar una falta que no quiero permitirle juzgar, y yo le doy el mío. Por mi parte, tengo necesidad de dinero, de cierta posición social, para llevar a cabo grandes empresas, y usted me proporciona ese dinero. Somos desde hoy dos socios cuyos capitales se balancean, y sólo nos falta darnos mutuamente las gracias por el servicio que uno a otro nos hacemos.

Ella ya no sonreía. Un ceño de orgullo irritado plegaba su frente. Sin embargo, no contestó. Después de un momento de silencio dijo:

—¿Conoce usted mis condiciones?

—No señora, respondió Nantas que conservaba una calma perfecta. Dignese usted dictármelas, y yo de antemano me someto.

Entonces ella se explicó francamente, sin una hesitación ni un rubor:

—Usted nunca será mi marido más que de nombre. Nuestras vidas serán completamente distintas y separadas. Usted abandonará todos sus derechos sobre mí, y yo no tendré ningún deber para con usted.

A cada frase, Nantas aceptaba con un movimiento de cabeza. Aquello era lo que él deseaba, y dijo:

—Si yo creyese deber ser galante, yo diría a usted que esas condiciones tan duras me desesperan. Pero estamos por encima de esos cumplimientos insípidos. Me alegro mucho de ver el valor con que usted encara nuestras respectivas posiciones. Entramos en la vida por un sendero en el que no se recojen flores... Solo pido a usted una cosa, señora, y es que no use usted de la libertad que le dejo de una manera que haga necesaria mi intervención.

—Señor! exclamó violentamente Flavia, cuyo orgullo se exasperó.

Pero él se inclinó respetuosamente, pidiéndole que no se resintiese. La posición de ambos era delicada; debían tolerarse mutuamente ciertas alusiones, a fin de que su relación no se hiciese imposible. El no quiso insistir. La señorita Chuin, en una segunda entrevista, le había contado la falta de Flavia. Su seductor era un tal Mr. de Fondettes, casado con una de sus amigas del convento. Estando en casa de esa amiga, pasando con ella una temporada de verano en el campo, se había encontrado una noche entre los brazos de aquel hombre, sin saber precisamente cómo había sucedido aquello, ni hasta qué punto había ella consentido. La señorita hablaba del asunto dando a entender que se trataba casi de una violación.

De repente, Nantas tuvo un arranque amistoso. Como todos los que tienen conciencia de su fuerza, a él le gustaba ser bueno.

—Señora, dijo, nosotros no nos conocemos, pero verdaderamente haríamos mal en detestarnos así, a primera vista. Tal vez hemos nacido para entendernos... Bien veo que usted me desprecia, pero es porque ignora usted mi historia.

Y empezó a hablar con fiebre, apasionándose, contando su vida devorada por la ambición en Marsella, explicando la desesperación de sus dos meses de inútiles esfuerzos en París. Después, manifestó su desden por eso que él llamaba convenciones sociales, a que se apegaba la generalidad de los hombres. Qué importa la opinión de la muchedumbre cuando se ha puesto el pie sobre ella! Se trataba de hacerse superior a todo eso. Y a grandes rasgos pintó la vida soberana que él sabría conquistarse. Ya no temía ningún obstáculo, porque nada se resiste a la fuerza. Él sería fuerte, y sería feliz.

—No me crea usted estúpidamente interesado, agregó. Yo no me vendo por su fortuna. Yo no me tomo su dinero sino como un medio de subir muy alto... Oh! si viera usted todo lo que en mí se agita si usted supiera las noches ardientes que yo he pasado soñando siempre lo mismo, atraído sin cesar por la realidad del mañana, entonces usted

me comprendería; estaría usted orgullosa de apoyarse en mi brazo diciéndole que me dá los medios de llegar por fin a ser algo!

Ella lo oía inmóvil, sin que un solo gesto alterase la impasibilidad de su rostro. Y él se preguntaba algo que hacía tres días lo preocupaba sin acertar a darse una respuesta: ¿lo habría ella visto ya en la ventana de su cuarto, al aceptar tan de repente el proyecto de la señorita Chuin cuando ésta se lo había nombrado? Le vino la idea singular de que él se hubiera tal vez enamorado de él románticamente, si él hubiese rechazado con indignación el negocio que la ama de llaves había ido a proponerle.

Nantas calló, y Flavia quedó como de hielo. Después, como si él no le hubiese hecho ninguna confesión, ella repitió secamente:

—Así, estamos convenidos —Será usted mi marido en el nombre solamente, nuestras vidas quedan separadas, y una libertad absoluta.

Nantas volvió a tomar su aire ceremonioso, y el tono breve de un hombre que discute un convenio:

—Aceptado, señora.

Y se retiró, descontento de sí mismo. ¿Cómo había podido ceder a la estúpida tentativa de convencer a aquella mujer? Ella era muy linda, y valía más que no hubiera nada de común entre ellos dos, porque podía contrariarlo en sus proyectos.

(Continuará)

## Vorrei morire!

HACIA muchos años ya que las vicisitudes de la vida me habían alejado de ella, pero su recuerdo se despertaba siempre en mí impregnado de tristeza, como de un algo querido que había perdido para siempre. De vez en cuando la vela, sonriente, alegre, dichosa al parecer, como aturdida entre el bullicio del mundo, y envidiando su felicidad, acallaba las emociones que su vista agitaba en mí, como temeroso de causarla un disgusto haciéndole saber el daño que inocentemente me hacía.

Había concluido por vencerme a mí mismo, no por virtud, sino persuadido de mi impotencia para salvar un imposible, como se resigna con su suerte el ave herida, que ni siquiera intenta aletear para llegar al nido de sus amores.

Apesar de los años transcurridos, era siempre la misma, con su cabeza fina poblada de ondeados cabellos negros, con su rostro ligeramente moreno, con sus ojos profundamente oscuros, radiantes de luz como brillantes negros, engarzados dentro del gracioso arco de las cejas, y realzados por el círculo azulado que sombreaba sus párpados, como la hue-lla del fuego que por sus venas corría.

Nadie la comprendía como yo; nadie sabía adivinar toda la pasión que animaba a aquella mujer excepcional que se consumía dentro de la vulgaridad que la rodeaba, como se consumen en los invernaderos las plantas que aman la luz, el sol y el ambiente.

¿A quién quería? ¿qué secreta pasión era la que traicionaba el fulgor de sus ojos, y el movimiento inquieto de sus labios que parecían buscar en el aire algo que su ardiente fantasía le forjaba y que no se hacía carne en la realidad? Tal vez ni ella misma lo sabía. Amaba, porque el amor estaba en su alma como está el perfume en las flores, como está el trino en la garganta de los ruiseñores; nacida ella para amar, como nacen para perfumar los jazmines, y para trinar las avejillas del bosque.

Y era en vano que lo negase; inútil que pretendiese hacer creer que su destino era vegetar en aquella monotonía de vida, en aquella atmósfera pesada y vulgar, y rodeada de aquel círculo apático que no sabía leer en sus brillantes miradas todo el drama de pasión que en su interior germinaba, y que por fuera se revelaba en la intensidad que cobraban aquellas franjas azuladas que sombreaban sus ojos, y en la fiebre que abrasaba sus manos largas y finas.

Desahogaba la tristeza de su destino no en raudales de lágrimas como las mujeres vulgares, sino en raudales de armonía, en notas que salían

de su pecho impregnadas de un extraño sentimiento, que arrancaba aplausos a los inbéciles, y que hería todas las fibras de mi organismo, causándome espasmos indefinibles, mezcla de voluptuosidad y de dolor transportes de placer y desfallecimientos de avarura, despertando en mí emociones que nunca había sentido y que no volvía a sentir hasta que la magia de su voz tornaba a agitarlas, como si hubiera en mi organismo resortes solo sensibles al encanto de sus notas, llenas de infinita ternura, moduladas no por el arte, sino por la pasión; algo así como la expresión de un lenguaje místico de una religión de que ella era única diosa, y yo el único creyente, porque solo yo lo comprendía, y solo ella lo sabía.

Recuerdo todavía la última vez que la oí. Estábamos solos, ella indiferente y yo absorto en seguir los vivaces movimientos de su acción, y en sorprender los relámpagos que brotaban de sus ojos en ciertos pasajes del diálogo insustancial que sosteníamos para no estar callados, ella por no fastidiarse, y yo por no traicionarse lo que en un momento de silencio seguramente hubiese revelado mi expresión. Al mismo tiempo que hablaba, ella recorría descuidadamente el teclado del piano, iniciando de cuando en cuando algunos temas de sus romanzas predilectas, y borrándolos después entre arpeggios y acordes caprichosos.

De repente, sin prevenírmelo, empezó a cantar una romanza de Tosti, llena de sentimiento, cuyas notas y cuyas palabras parecían brotarle del alma, como si ellas tradujesen sus deseos. Quería morir! quería romper las ligaduras que la ataban a una vida banal e insípida, para remontarse a otra más espiritual en que fuese comprendida la delicadeza de su espíritu y la intensidad de su pasión.

*Vorrei morire!* cantaba con notas prolongadas, lánguidas, llorosas, como si la voz saliese de su pecho mojada en lágrimas; y quería morir en una tarde tibia y serena de la estación en que las golondrinas tejen su nido y el campo se viste de nuevas flores. Quería morir en la hora apasionada en que el sol da su último beso de fuego a la naturaleza, y en que las violetas pliegan sus pétalos para dormir bajo las yerbas del prado.

Y con tal expresión manifestaba aquel íntimo deseo de morir, había tal súplica en sus notas y tanto fervor en sus miradas, que cuando concluyó con aquellos acentos graves, solemnes, impregnados de una melancolía suprema con que termina la romanza, diciendo *e sul morire del giorno*, yo me acerqué instintivamente a ella para impedir que volase a las esteras que su mirada perdida en el vacío parecía entrever, tomé entre mis manos las suyas que abrasaban, volvió a mí sus ojos, algo como un relámpago de inefable voluptuosidad brotó en ellos, y sin quererlo, sin pensarlo tal vez, nuestros labios se juntaron en un deleite infinito.

Pero al instante recobró ella su dominio, y no airada por mi osadía, pero sí mortificada en su egoísmo de mujer que no quiere vivir en las agitadas emociones de la pasión, me apartó de su lado, y con una palabra cruelmente fría, me alejó para siempre.

Desde entonces no la veo, pero su recuerdo me persigue siempre, acrecentándose a medida que su indiferencia me aleja de ella más y más, inundando todo mi ser, desalojando mi yo para llenar ella sola mi vida, mi pensamiento y todo lo que en mí palpita y siente.

Ella sigue haciendo su vida monótona, y cerrada en su egoísmo, sonriente y alegre al parecer como antes, mientras yo, ruedo también por el mundo, en apariencia tranquilo y apático pero devorado por dentro por el filtro que bebo en sus ojos en aquel instante de suprema dicha; y como ella lo deseaba aquella tarde, yo también *vorrei morire*, pero no en la estación en que se aman las golondrinas, ni en la hora en que *tramonta il sole*, sino teniendo entre las mías sus manos abrasadoras, y mis ojos fijos en sus ojos, brillantes de pasión y húmedos de ternura, rodeados de aquella franja azulada que es como la huella del fuego que circula en sus venas de mujer apasionada, pero que ha sabido subyugar su pasión a su egoísmo.

FANTASIO.

## ¡Excelsior!

DEDICADO A LAS NIÑAS DE LA ESCUELA DE TERCER GRADO N.º 2,  
EN EL ACTO DE LA DISTRIBUCION DE PREMIOS

**A**DMIRABLE falange del futuro!...  
Yo quisiera brindaros este día  
Un canto, condensando en cada estrofa  
Tesoros de infinita poesía...

Un espléndido canto,  
Risueño, cual las blancas ilusiones  
Que forjan en su cándida inocencia  
Los que no saben de dolor ni llanto;—  
Entusiasta, cual tiernos corazones  
Que llevan como el ansia de otra vida,  
Cuando el amor, dulcísimo tirano,  
Del sentimiento en la incorpórea fuente  
A beber esperanzas los convida;—  
Y puro, cual los besos maternales,  
Halagos no aprendidos de las almas,  
Que sellarán vuestras modestas frentes,—  
Después que recibais, niñas valientes,  
De la victoria intelectual las palmas!...

Mi acento será pobre,  
Pobre como las plantas en invierno,  
Por más que el ansia al corazón le sobre  
De que traduzca el labio el canto tierno  
Que duerme en lo interior, como en las cuerdas  
De la olvidada lira,  
Duermen las notas mágicas y esperan  
Que las despierte el alma que suspiral...  
Seré para vosotras, niñas puras,  
Nó el ruisueño de la floresta amena  
Que libre de cuidados y amarguras  
En la feraz naturaleza misma  
Estudia el himno que las almas llena,—  
Sinó el ave, que solo  
Llega de paso a los ardientes climas...  
El pájaro perdido  
Que breve tiempo, aunque nació en el polo,  
En la región del trópico hace el nido,—  
Y enfermo por su atmósfera de fuego,  
Por tanta exhuberancia de poesía,  
Sincero eleva, en su entusiasmo ciego,  
Canto sin ritmo al despertar del dial..

Vosotras sois la aurora,  
Sereis más tarde escintilantes astros,  
Pues ya os dejó la ciencia redentora  
En los cerebros, sus fecundos rastros...  
Luceros de luz propia, precursores  
De otros días espléndidos y azules,  
Que en lluvia de plateados resplandores  
Disiparán del cielo de ignorancia  
Los tenebrosos tules,  
Sepultando su noche a la distancia.  
Ángeles sois del cielo descendidos,  
Los ángeles mejores, los sin alas...  
De la tierra los seres elegidos  
Perfumes del hogar, luces y gálas...  
El porvenir, sin bruma en la conciencia,  
Las glorias de la patria y la familia;  
La reforma social, la dulce homilía  
Del evangelio santo de la ciencia!..

Seguid, niñas, la marcha,  
Y el surco del arado  
Podrá llegar á la region de escarcha,  
A los campos fatidicos de errores  
Donde vaga el fantasma del pasado.  
Seguid con fé, tranquilas  
Que el futuro os prepara dias mejores...  
Sialguna sombra os estorbese el paso,  
Teneis bastante luz en las pupilas  
Para darle su tumba en el ocaso...  
En las pupilas, pálidas estrellas  
De los cielos sin nubes de la mente...  
Focos de luz de rápida corriente  
Que donde toque dejará sus huellas!..

A vosotras, las hijas del progreso,  
Os brindo versos pobres cual mi gloria...  
Os brindo aplausos justos, mas no tantos  
Que por sentir del entusiasmo el peso,  
Olvidadiza quede mi memoria...  
Debo cumplir otros deberes santos!..  
Glorificar tambien á la Minerva  
Que iluminó el arcano  
Y el sacro fuego del saber conserva,  
Como la virgen del antiguo culto  
La luz perpétua en el altar pagano...  
Glorificar á quien siguió su ejemplo  
Y se adelanta al porvenir, de prisa...  
A la primera y fiel sacerdotisa  
Que dióle ayuda y oficio en su templo!

RICARDO SANCHEZ.

Diciembre de 1883.

## EN HORAS NEGRAS

**A** Hi! ¿por qué quieres desatar al canto  
la voz que el nudo del martirio ahoga?...  
¡Déjame á solas devorar mi llanto!  
¡Deja dormir el ay en mi laúd!  
Escucha... Dentro de mi sér yo siento  
suicidarse el poeta lentamente,  
y ya la inspiracion brilla en mi frente  
como el blandon que alumbrá un ataúd!

¡Cautar!... ¿No sabes que en silencio lloro  
quizá, muerta al nacer, mi flor de gloria,  
quizá el desden de la mujer que adoro,  
quizá el rigor de la miseria cruel!  
¡Cantar!... ¿No sabes si en la vida mia  
lecho de espinas deparó el recuerdo,  
do el alma ruge la blasfemia impia,  
envuelta en llanto y rebosando en hiell

Como un viajero en el desierto polo,  
cautivo en cárcel de perenne hielo,  
así me veo en miserable duelo,  
así de triste y solitario estoy!  
Pero en el polo boreal aurora  
brilla, aunque brille para huir ligera...  
¡En mi la noche sin descanso impera,  
cautivo eterno de la sombra soy!

.....

¡Ya ves!... No quieras desatar al canto  
la voz que el nudo del martirio oprime.  
Déjame á solas devorar mi llanto,  
deja dormir el ay en mi laúd.  
¡Ya sabes!... Dentro de mi sér yo siento  
suicidarse el poeta lentamente  
y ya la inspiracion brilla en mi frente  
como el blandon que alumbrá un ataúd!

CIPRÉS.

## PASATIEMPO

**F**EN un Club, despues de comer, se habla de matrimonio.  
—Cuando me case, dice un jóven *high-life*, si mi suegra  
me incomoda, sin titubear, la estrangulo!

Un viejo caballero:

—Hé ahí un jóven que tomara con mucho gusto por *yerba*.

Se interroga al niño Jorge sobre el novio de su hermana mayor.

—¿Y qué edad tiene?

—No sé.

—¿Pero, es jóven?

—Ya lo creo... ¡Todavía no tiene cabellos!

Una jóven y su novio se presentan ante el párroco.

Este hace la pregunta acostumbrada:

—¿Consentis en tomar por esposo, etc.?

La novia responde con foda franqueza:

—No.

El sacerdote con voz serena:

—¿Por qué habeis esperado hasta ahora para negocios al matrimonio?

—Porque sois la primera persona que me pide mi opinion.

En el restaurant:

Un cliente examina su plato con justa desconfianza:

—¡Mozo! ¿Está Vd. muy seguro de que este pescadillo sea fresco?

—No podria decirle al señor; no hace sinó ocho dias que estoy en la casa.

Sábese que la primera ascension femenina del Monte Blanco  
fué efectuada hace cuarenta años por una francesa, la señorita d'  
Angerville, dotada, nos dice la crónica, de un temperamento vi-  
goroso y de un carácter asaz original.

Habiendo llegado á la cumbre del gigante de los Alpes, pre-  
guntó á su guia si no podria trepar más arriba.

—Imposible, señora, repuso le interpelado.

—Pues bien, vais á ver cómo subo más arriba.

Y de un salto se encaramó sobre las espaldas del guia.

## SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 20

### PROBLEMA DE AJEDREZ

Biancas

Negras

C 4 R

P toma C

T 1 AR

P 7 R

T toma P (jaque)

P toma T

D 1 AD (mate)

1.ª variante

C 4 R

P 7 R



D 1 AD (jaque)	R 5 CR
D toma P (jaque)	R 6 TR
D toma P (mate)	
2. <sup>a</sup> variante	
C 4 R	P 7 AR
D 2 CR	R 5 CR
D toma P (jaque)	R 4 TR
D toma P (mate)	
3. <sup>a</sup> variante	
C 4 R	P 7 CR
D 2 TR (jaque)	R 5 CR
D 3 CR (jaque)	R 4 TR
D toma P (mate)	
4. <sup>a</sup> variante	
C 4 R	R 5 CR
D 5 TR (jaque)	R toma D
C 6 AR (jaque)	R 5 T
T 1 TR (mate)	

Tiene otras variantes de fácil solución.  
Eduardin, El Duende y Ed. Loedel, enviaron la solución de este problema.

### FUGA DE VOCALES

¡Desatad el raudal de la armonía,  
Cantad, poetas! Inmortal memoria  
Es dulce premio á la feliz victoria  
Que tanto, tanto, conquistar se ansia.  
¿No hay pan en vuestro hogar? ¿Qué fruslería!  
¿Quién piensa en eso cuando sobra gloria?  
¡Prosa, vil prosal! ¡deleznable escorial!  
¡Más alto mora la gentil poesía!  
¿Qué importa que á la misera envoltura  
El hambre aqueje si la sien rodea  
Lauro que un algo de inmortal augura?  
Más dulce el ave en su dolor gorjea  
¡Cantad, cantad, que el himno de amargura  
Más grato acaso para el vulgo sea!

Una Floridense, Rafeto, Inés y Fugo, enviaron la solución.

### SALTO DE CABALLO

Tengo unas matas de flores  
Que al verlas tristes, las riego,  
Y llenas de vida luego  
Esparcen suaves olores.  
Mas no recobran su encanto  
Las flores del alma mía  
Por más que no pasa día  
Sin que las riegue con llanto.

Fue resuelto por Rafeto, Riana, Astro y Una Floridense

### GEROGLÍFICO Y CHARADA

De mi primera repetida hay más de uno—la segunda se toma en lasa  
—y mi todo en el muelle.

La solución es Bote, y fue remitida por S., Rafeto, Una Floridense, El Negro y Riana.

### CHARADAS

De las mujeres es prenda  
Dos *prima*, mas no la ves,  
Y también hubo una santa  
De ese nombre ¿comprendéis?

Es fruta dos y tercera,  
Primera y terciá, una res;  
Si hermanas ha vuestro padre,  
Mi cuarta y quinta teneis.

Si sois mujer y bonita,  
Tercia y primera seréis  
Pues nadie hechiza cual ellas  
A los hombres ¿me entendéis?

¿No entendéis? Pues culpa mía  
Esa falta no será  
Sino del *todo* endiablado  
Que aquesta charada dá.

O T R A

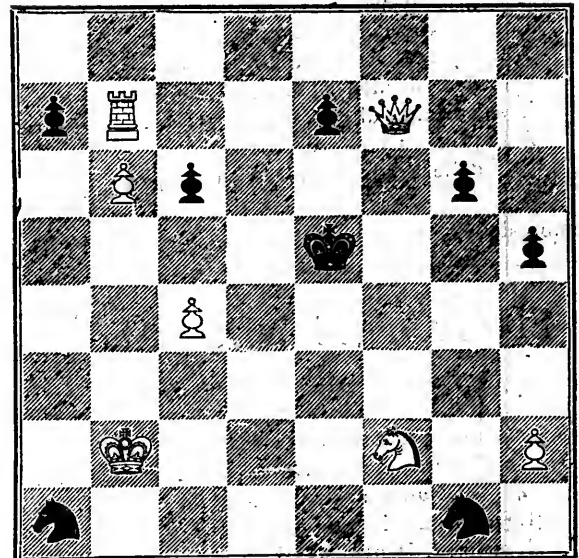
De tres cuarta y quinta presa  
Mi cinco tercera y cuarta,  
Derrotado se dió al diablo  
Por no valerle una y quinta.

Qué *todo* se armó aquel día  
Entre cristianos y herejes!  
Hubo egipcio que fué á dar  
Adonde *prima* y *dós* crece.

### PALABRAS DESCOMPUESTAS

Duejeag—Rupvoal—Cantrise—Nigurecta.

### Problema de Ajedrez por Manfredi NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

### GEROGLÍFICO NÚM. 21:



KE

